

MAGELONA LA BELLA (Una leyenda de amor y fidelidad)

7º-8º

Hace mucho, mucho tiempo, en la soleada Provenza, al sur de Francia, vivía un joven conde llamado Pedro. Era hijo único del conde de Provenza, y había sido criado entre muros de piedra y jardines de lavanda, rodeado de todas las comodidades que su linaje podía ofrecerle. Pero su corazón, joven y ardiente, anhelaba algo más que la vida tranquila de su castillo. Anhelaba aventuras, hazañas y, sobre todo, el amor de una dama digna de su espada.

Una tarde, mientras paseaba por los jardines de su padre, llegó al castillo un trovador errante. El hombre, de barba cana y ojos brillantes, había viajado por toda Europa y conocía las cortes más famosas. Se sentó junto al joven Pedro y, mientras las cigarras cantaban bajo el sol de la Provenza, comenzó a contarle historias de tierras lejanas.

—En Nápoles —dijo el trovador, con una sonrisa pícaro—, vive la princesa más hermosa que jamás haya existido. Se llama Magelona, y es hija del rey de Nápoles. Su belleza es tan grande que los poetas de Italia han compuesto miles de canciones en su honor. Dicen que su cabello es como el oro fundido, sus ojos como el cielo del mediodía y su voz como el canto de los ángeles. Pero no solo es hermosa: es sabia, virtuosa y de un corazón tan puro como la nieve de los Alpes.

Pedro escuchó aquellas palabras con el corazón latiéndole con fuerza. Desde ese momento, una llama encendió su pecho. No pudo comer, no pudo dormir. La imagen de Magelona, a quien nunca había visto, lo perseguía día y noche. Finalmente, tomó una decisión: cabalgaría hasta Nápoles, se presentaría ante el rey y conquistaría el corazón de la princesa, o moriría en el intento.

Su padre, al ver la determinación de su hijo, comprendió que no podría detenerlo. Le dio su bendición, una bolsa de monedas de oro, un caballo blanco como la leche y una espada forjada por los mejores herreros de la Provenza. Y así, el joven conde Pedro emprendió su viaje, sin saber que le esperaban años de aventuras, pruebas y un amor que pondría a prueba su fidelidad hasta el límite.

El torneo de Nápoles

El viaje hasta Nápoles fue largo y lleno de peligros. Pedro atravesó montañas, cruzó ríos y durmió a la intemperie muchas noches. Pero su determinación era más fuerte que el cansancio. Finalmente, llegó a la majestuosa ciudad de Nápoles, con sus calles bulliciosas y su imponente castillo real.

Pero Pedro no era un joven imprudente. Sabía que, si se presentaba como el conde de Provenza, el rey de Nápoles podría rechazarlo por orgullo o por intereses políticos. Así que decidió ocultar

su identidad. Se hizo pasar por un caballero pobre y desconocido, y se inscribió en el gran torneo que el rey había organizado en honor de su hija, la princesa Magelona.

El día del torneo, las gradas del estadio estaban repletas de nobles y damas de la corte. En el palco principal, rodeada de doncellas y caballeros, estaba Magelona. Su belleza era tan deslumbrante que Pedro, al verla por primera vez, sintió que el corazón se le detenía. Era exactamente como el trovador había descrito, y más.

Pedro entró en la arena con una armadura sin escudo ni emblema, como un caballero anónimo. Los demás contendientes, orgullosos de sus linajes, se rieron de él. Pero cuando sonó el clarín y comenzaron las justas, Pedro demostró su valía. Derrotó a un caballero tras otro con una destreza que dejó boquiabiertos a todos los presentes. Su lanza era certera, su espada rápida y su caballo, el más veloz de la arena.

Al final del torneo, solo quedaba un caballero en pie: Pedro. El rey de Nápoles, impresionado, lo llamó a su presencia.

—Caballero —dijo el rey—, habéis demostrado un valor y una destreza dignos de los mejores guerreros de mi reino. Como premio, os concedo el honor de sentaros junto a mi hija, la princesa Magelona, en el banquete de esta noche.

Pedro, con el corazón latiéndole con fuerza, hizo una reverencia y aceptó.

El amor en secreto

Esa noche, en el gran salón del castillo, Pedro se sentó junto a Magelona. La princesa, que había observado sus hazañas en el torneo, sintió una profunda curiosidad por aquel caballero misterioso.

—Decidme, señor caballero —preguntó Magelona, con una voz suave como la seda—, ¿de dónde venís? ¿Por qué ocultáis vuestro nombre y vuestro linaje?

Pedro, cautivado por su belleza y su inteligencia, sintió que no podía mentirle. Pero tampoco podía revelar toda la verdad. Así que, con astucia, le dijo:

—Señora, soy un caballero errante que busca fortuna y amor. Mi nombre y mi linaje no importan. Lo único que importa es que mi corazón, desde que os vi en el torneo, es vuestro.

Magelona sintió que un escalofrío recorría su espalda. Aquellas palabras, tan sinceras y apasionadas, despertaron en ella un sentimiento que nunca antes había experimentado. Durante los días siguientes, Pedro y Magelona se encontraron en secreto, siempre con la ayuda de la anciana nodriza de la princesa, que se había convertido en su cómplice.

Una noche, Pedro visitó a Magelona en sus aposentos y le regaló tres anillos de oro, cada uno engarzado con una piedra preciosa: un rubí, un zafiro y una esmeralda.

—Tomad estos anillos, señora —dijo Pedro—, como prenda de mi amor eterno. Mientras los llevéis con vos, sabréis que mi corazón os pertenece.

Magelona, con lágrimas de alegría en los ojos, aceptó los anillos y los guardó en un pequeño cofre de marfil que colgaba de su cuello. Esa noche, los amantes sellaron su amor con un beso, y prometieron que jamás se separarían.

Pero el destino, caprichoso y cruel, tenía otros planes para ellos.

La huida

El rey de Nápoles, que no sabía nada del amor secreto de su hija, decidió que era hora de casarla. Había recibido una oferta de matrimonio de un poderoso príncipe de un reino vecino, y estaba decidido a aceptarla. Cuando Magelona se enteró, su corazón se rompió. Corrió a los brazos de Pedro y, entre lágrimas, le dijo:

—Pedro, mi padre quiere casarme con otro. No puedo soportarlo. Si no me llevas lejos de aquí, moriré de dolor.

Pedro, que no podía soportar ver sufrir a su amada, tomó una decisión.

—Huyamos —dijo—. Esta misma noche. Dejaremos atrás el reino de tu padre y nos iremos a Provenza, donde seremos libres y felices.

Y así, bajo el manto de la oscuridad, los dos amantes huyeron del castillo. Cabalgaron durante toda la noche, sin mirar atrás, con el corazón latiéndoles con fuerza. Pero el camino era largo y peligroso. Después de varios días de viaje, Magelona, agotada por el cansancio y la emoción, pidió a Pedro que se detuvieran a descansar.

—Solo un momento —dijo ella, con voz débil— Necesito dormir un poco.

Pedro la ayudó a bajar del caballo y la recostó bajo la sombra de un gran árbol, en medio de un frondoso bosque. Magelona, exhausta, se durmió casi al instante. Pedro, que también estaba cansado pero no quería dejarla sola, se quedó velando su sueño.

Fue entonces cuando ocurrió el incidente que cambiaría sus vidas para siempre.

El robo de los anillos

Mientras Magelona dormía plácidamente, un cuervo enorme, de alas negras como la noche, descendió silenciosamente desde lo alto del árbol. Con su pico afilado, deslizó el cofre de marfil que colgaba del cuello de Magelona y, en un vuelo rápido, desapareció entre las ramas.

Pedro, que en ese momento se había alejado unos pasos para buscar agua en un arroyo cercano, no vio lo que había ocurrido. Cuando regresó y encontró a Magelona dormida, con el cofre vacío y los anillos desaparecidos, sintió que el suelo se abría bajo sus pies.

—¡Los anillos! —gritó, despertando a Magelona—. ¡Han desaparecido!

Magelona, al ver que los anillos que Pedro le había regalado habían sido robados, rompió a llorar desconsoladamente. Pero Pedro, decidido a recuperarlos, la tranquilizó.

—No te preocupes, amada mía —dijo—. He visto al cuervo que los ha robado. Voy a seguirlo. No tardaré en volver.

Y sin esperar respuesta, Pedro montó en su caballo y se lanzó tras el cuervo, adentrándose en lo más profundo del bosque. Pero el cuervo, astuto y rápido, lo llevó hasta la orilla de un río caudaloso. Pedro, sin pensarlo dos veces, saltó de su caballo y se lanzó al agua, intentando alcanzar al ave. Pero la corriente era demasiado fuerte. El caballo, asustado, huyó, y Pedro, arrastrado por la corriente, fue llevado mar adentro.

Allí, un barco de mercaderes lo encontró flotando, medio ahogado y sin fuerzas. Lo subieron a bordo y lo llevaron con ellos. Pero no era un barco cualquiera: era un barco de mercaderes árabes, y se dirigía a tierras lejanas, a las costas de África.

La esclavitud en tierras lejanas

Pedro, que había perdido a su amada, a su caballo y su libertad, fue vendido como esclavo en un mercado de la ciudad de Alejandría, en Egipto. Allí, encadenado y humillado, fue comprado por un poderoso sultán, que lo destinó a trabajar en sus jardines.

Pero Pedro, a pesar de su desgracia, no perdió la esperanza. Recordaba el rostro de Magelona, sus promesas de amor eterno, y eso le daba fuerzas para seguir adelante. Pronto, su habilidad con las plantas y su conocimiento de la jardinería, aprendido en los campos de la Provenza, llamaron la atención del sultán. Pedro fue ascendido a jardinero jefe, y su vida, aunque seguía siendo la de un esclavo, se volvió más llevadera.

Pero el destino, que parecía haberse ensañado con él, le tenía reservada una nueva prueba. La hija del sultán, una joven llamada Sulima, se fijó en el apuesto jardinero cristiano. Fascinada por su belleza y su nobleza, comenzó a visitarlo en secreto. Un día, Sulima le confesó su amor y le ofreció su libertad a cambio de su corazón.

Pedro, que aún amaba a Magelona con toda su alma, sintió una terrible tentación. La vida de esclavo era dura, y Sulima le ofrecía una salida. Pero en lo más profundo de su ser, supo que no podía traicionar el amor que había jurado a la princesa de Nápoles.

—Señora —le dijo Pedro, con respeto—, os agradezco vuestra oferta. Pero mi corazón ya pertenece a otra. Prefiero seguir siendo esclavo toda mi vida antes que ser desleal a mi promesa.

Sulima, herida en su orgullo, montó en cólera y ordenó que Pedro fuera encadenado y arrojado a una mazmorra. Pero esa misma noche, un grupo de mercaderes cristianos, que habían llegado a Alejandría para comerciar, oyeron hablar del joven conde de Provenza que estaba preso. Conmovidos por su historia, sobornaron a los guardias y lo liberaron.

Pedro, libre de nuevo, subió a bordo de un barco que zarpaba hacia Europa. Pero el viaje fue largo y tormentoso. Una tempestad desvió el barco, y Pedro, una vez más, fue arrastrado por el mar.

La peregrina

Mientras Pedro sufría todas estas desventuras, Magelona había despertado sola en el bosque, sin su amado, sin sus anillos y sin su caballo. Durante días, vagó por el bosque, llorando y llamando a Pedro. Pero no encontró más que silencio.

Finalmente, agotada y desesperada, tomó la decisión de ir a buscarlo. Se vistió con harapos de peregrina, tomó un bordón y un zurrón, y emprendió un largo viaje hacia Roma, para orar en la tumba de San Pedro y pedir por el alma de su amado. Durante quince días caminó, durmiendo a la intemperie y sobreviviendo con limosnas.

En Roma, oró fervorosamente en el Vaticano, pidiendo a Dios que le devolviera a su Pedro. Pero nadie en la ciudad había oído hablar de él. Sin perder la esperanza, decidió viajar a Provenza, la tierra natal de su amado. Tal vez allí, entre su gente, pudiera encontrar alguna noticia.

Llegó a Provenza después de veinte días de viaje por mar. Vestida como una pobre peregrina, recorrió las calles de la ciudad, preguntando por el conde Pedro. Una caritativa señora la acogió en su casa, y allí, Magelona descubrió algo que le dio una nueva esperanza: los padres de Pedro seguían vivos, aunque estaban sumidos en la tristeza por la desaparición de su hijo.

Magelona, sin revelar su identidad, se ofreció a trabajar como sirvienta en el castillo de los condes de Provenza. Así, sin ser reconocida, podría estar cerca de la familia de su amado y, tal vez, algún día recibir noticias de él.

El reencuentro

Pasaron los años. Pedro, después de innumerables aventuras y peligros, logró finalmente regresar a Europa. Su barco atracó en un puerto de la Provenza, y él, con el corazón latiéndole con fuerza, desembarcó.

Era un hombre cambiado. Ya no era el joven conde arrogante que había partido en busca de fama. Era un hombre que había conocido el sufrimiento, la esclavitud, la tentación y la pérdida. Pero también era un hombre que nunca había dejado de amar a Magelona.

Caminó por las calles de la ciudad, preguntando por su familia. Alguien le habló de una peregrina que trabajaba en el castillo de sus padres. Pedro sintió que algo se encendía en su pecho. Corrió hacia el castillo y, al llegar, vio a una mujer joven, vestida con ropas sencillas, que estaba en el jardín cuidando las flores.

Era ella. Magelona.

Pedro se acercó lentamente, con el corazón latándole con fuerza. Magelona, al verlo, soltó las flores que tenía en las manos y se quedó paralizada. Durante un largo momento, ninguno de los dos pudo hablar. Finalmente, Pedro rompió el silencio:

—Magelona ... soy yo. Pedro. He vuelto.

Magelona, con lágrimas en los ojos, corrió hacia él y lo abrazó con todas sus fuerzas.

—Pedro —susurró— Te he estado esperando todos estos años. Sabía que volverías.

El final feliz

Los padres de Pedro, al ver a su hijo vivo y al lado de la mujer que lo había esperado durante tanto tiempo, se llenaron de alegría. La boda de Pedro y Magelona fue celebrada con gran pompa en la catedral de Provenza. Trovadores de toda Europa cantaron su historia, y el rey de Nápoles, al saber que su hija se había casado con un conde tan noble y valiente, le otorgó su bendición.

Pedro y Magelona vivieron felices el resto de sus vidas. En el lugar donde se habían reencontrado, mandaron construir un hermoso palacio de verano, rodeado de jardines y fuentes, donde cada atardecer recordaban las pruebas que habían superado para estar juntos.

Y así, la historia de Magelona la Bella y el conde Pedro de Provenza se convirtió en una leyenda, un ejemplo eterno de que el amor verdadero, cuando es fiel y perseverante, puede vencer a la adversidad, a la distancia, a la tentación y al tiempo mismo.